

maghenta
EDITORIAL

La última vuelta
del perro

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

1.ª Edición

© Jorge Rodríguez Hidalgo, 2007.

© Maghenta, S.L.
Autovía de Madrid, Km. 315,700
50012 Zaragoza
Tel. +34 976 106 300
Fax +34 976 106 301

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús.

Depósito Legal: Z-=====
I.S.B.N.: =====

Impreso en Zaragoza, España.
=====

La última vuelta del perro

JORGE RODRÍGUEZ HIDALGO

maghenta
EDITORIAL

A don José Rodríguez Illescas, mi padre y maestro, in memoriam.

A doña Concepción Hidalgo Rodríguez, mi madre.

A Pepi, mi compañera, y a nuestros hijos Sergi y Andreu-Josep.

A los míos, ellos lo saben...

*...te pondrás a pensar
a pensar a pensar
y eso no es bueno nunca
porque sin darte cuenta
te irás sintiendo solo
igual que un perro viejo
sin dueño y sin cadena.*

Del poema «Bolero»
de José Agustín Goitisoló

No, morirse no tiene interés. Eso es ser pasivo.
Andrei Platónov

—Se está muriendo gente que no se había muerto nunca...

Los dos funcionarios que cargaban el féretro se miraron sorprendidos, aunque sin temor. Tantos años viviendo de la muerte ajena les habían vacunado contra el miedo a la muerte, aquella muerte que ellos transportaban en cajas en cuyo interior unos moldes de carne fría cobraban forma humana gracias a los buenos trajes y vestidos que para tal suceso solían estrenar. Los hombres ya habían perdido la cuenta de cuántos años llevaban viviendo de la muerte; cuántos llegando hasta el umbral del camino desconocido; cuántos desoyendo la voz de la muerte...

—¿Has dicho algo? —preguntó casi sin fuelle Tino, el más viejo.

—Eso mismo te iba a preguntar —contestó el compañero—. Me ha parecido que alguien decía algo. Y como éstos no hablan...

Con gran esfuerzo depositaron la caja sobre la peana situada junto a la cristalera, a través de la cual los familiares, amigos y enemigos se despedían inútilmente de los difuntos, entregados ya a la indiferencia del silencio. Tino, un pariente cercano —sólo por la edad— a los muertos, vio a través del vidrio a Francisco Pordial, fiel a su diaria cita en el tanatorio en busca de algún niño que llevarse a los ojos antes de eyacular su imagen en los servicios públicos de la Ciudad Sanitaria.

—Ya está aquí el de siempre, tan madrugador como de costumbre —dijo el viejo.

—¿Cómo le llamas tú, Tino?

—Alfonso Paso. Es que no puede ser otro... A veces creo que si ronda tanto por este lugar es porque a alguien se le olvidó pasaportarlo...

—Tino, tú sabes que ese menda sólo es un puto pederasta. Los únicos papeles que toca son el de la fotografía de “su” Caudillo y el del váter, para limpiarse cada vez que se hace una paja.

Los funcionarios destaparon el ataúd rutinariamente, por lo que no percibieron el movimiento del difunto, cuyo cuerpo dibujaba una media luna en la noche de la caja. Francisco Pordial, con la camisa desabotonada, que dejaba al descubierto su enorme abdomen, se asomó con avidez al expositor. Aunque aquél no era su muerto, tampoco se llevó una gran decepción. Corrían tiempos de escasez para él, pues todo había cambiado desde que al Generalísimo lo ajusticiara la muerte. Pordial golpeó el vidrio con los nudillos de la mano derecha para llamar la atención de los hombres:

—¿Hay algo para mí? —preguntó con la marcial dignidad de los franquistas.

Los funcionarios compusieron un gesto de desprecio y le conminaron a que se fuera del tanatorio, pero el nacional-carroñero, lejos de afrentarse, se sacó del bolsillo de la camisa un “magnífico cigarro puro” y lo encendió como sólo podía hacerlo Alfonso Paso.

—¡Hay que ver, con la de niños que se morían antes! —exclamó— Qué pena que ahora se hagan mayores y se conviertan en libertinos votantes.

Como los hombres no prestaron atención a sus palabras, Francisco Pordial decidió marcharse, no sin antes espetarles a voces:

—Este mierda de muerto parece una tajada de sandía.

Tino reparó entonces en el difunto.

—A éste no lo arregla ni Dios —le dijo al compañero, mientras intentaba en vano enderezar el cuerpo del finado—. Sujétale los pies, a ver si logro que le descance la cabeza sobre la almohadilla.

El cuerpo, naturalmente rígido, resistió el empuje de los funcionarios. Tino resolvió disponer unas toallas bajo la nuca a fin de disimular el mal efecto que producía ver a un muerto que parecía querer levantarse.

—¿Te has fijado en esto? —Tino señalaba al cuello del inmodificable—
¡Este tío se ha ahorcado, coño! En otros tiempos no lo hubieran traído aquí.

—¿Quién es? Mira la tarjeta que hay a los pies...

—A ver... Castillo Espada, Antonio.

Antonio no quiso mirarse al espejo antes de desaparecer. De sobra conocía aquel rostro de fotografía antigua –indiferente y ajeno al mundo– en el que sólo las estaciones del alcohol y del martirio de su mujer se turnaban para dar fe de cuanto le sucedía. Quiso recordar, eso sí, cuándo había decidido dar el paso y, sobre todo, por qué. Por fin sus hijos comían a diario; su agitanada mujerona controlaba el celo regularmente y no le obligaba a eyacular todas las noches ese descompuesto licor, mezcla de fino, anís, orujo y Aromas del Montserrat. Además, el trabajo –¡ay, bendita la abundante mierda defecada durante los años preolímpicos!– le había permitido, empeñándose de por vida, comprar, a medias con la caja de ahorros, el piso cuya deuda dejaría como herencia y desquite a su ya normalizada familia.

El día de su liberación, Antonio se encontraba en el bar La escalerilla. “Un suelo donde caerme muerto, eso es lo que me queda. Moriré en mi propia casa, como los señoritos del pueblo”, se decía. El alcohol le hacía pensar, pensar sólo en sí mismo, algo que se le hacía muy extraño. El propietario del local, sin embargo, sólo veía a un hombre abatido a quien le había servido la última copa una docena de veces.

Rosario, la mujer de Antonio, era grande como una sombra. Desde que tuvo fuerzas para sostener la verga de un hombre, la rubia —así conocían a la pelirroja en el oficio— fue el reposadero de su padre, hasta que a los quince años la echó de la cueva donde vivían. Nunca la consideró hija suya, en parte por el color de su pelo —“nosotros semos casi moraos”, se excusaba—, pero también por la enorme nariz de boxeador que le seguía creciendo en medio de la cara.

Antes de ser acogida caritativamente como putilla aprendiz —“¿tendrán aquí los hombres la bicha diferente?”—, se preguntaba—, Rosario ya sabía muy bien amansar a los machos cabríos. Su padre, un borracho chulesco, la llevaba en prenda a los cortijos para conseguir algunos litros de aguardiente.

—¿Traes moneda, Trompetas?

—Sí traigo, don Diego. Ahí la tiene usted. Y si le muerde, dele pa'l pelo: fuerte y flojo, pa que le entienda.

En el prostíbulo Las Carmelas Puras, Rosario era ya una vieja experimentada cuando cumplió los dieciséis años. El día de su cumpleaños engañó al hombre más callado de la provincia, un encorvado porquero del pueblo de quien decían que era eunuco porque cuando visitaba las casas de lenocinio de la capital no dejaba que nadie tocara sus vergüenzas y sólo pedía a las mujeres que se masturbaran delante de él y le dijeran “amor mío”, como escuchaba con frecuencia en las películas del cine itinerante cada verano. Sólo una mujer se negó durante mucho tiempo a complacer tal ridiculez.

Rosario guardaba esas pringues dulzonas para quien fuese su marido:

—Otavía se chinga como los toros —le dijo.

Con un inaudito pronto de genio, Antonio la cogió por el brazo y a la puerta del prostíbulo, sin mediar palabra, la desnudó y la embistió con su sexo de verraco.

—¡Esto es un hombre, ladrón! Donde tú vayas irá mi coño —rezó Rosario con turbado fanatismo.

—Recoge tus cosas —ordenó Antonio—. Desde hoy eres mi mujer. De la Madán me encargo yo. Nos vamos de este pueblo.

Así iniciaron su desgracia juntos, su despertar a la otra vida. Hicieron un largo viaje en tren hasta una tierra en la que las palabras no significaban nada porque no las entendían. Pero a ellos se les entendía hasta el último suspiro. Fueron a parar a los arrabales de una gran ciudad donde se hacinaban todos los Antonios y Rosarios del mundo.

Su aspecto menesteroso parecía, no obstante, una mala carta de presentación. Deambulaban guiados por los sonidos según su comprensión hasta que un atardecer llegaron a un pequeño barrio de chabolas donde todo estaba muy claro.

Encaramado en la zona más abrupta de un otero, el barrio comenzaba a hormiguar regido por el silencio que imponía el cementerio enclavado al otro lado del monte. Ladrillos viejos, chapas y cartones servían para construir, por la noches, los habitáculos que las mañanas parían como viviendas de cuantos seres vivos recalaban allí, quién sabe huyendo de qué hambre, señor o desgracia.

Rosario no estaba acostumbrada a dormir al raso:

—Antonio, tú que eres er hombre, pregunta ande nos podemos apañar —dijo con avidez.

Pero el hombre sabía tanto de las noches de grillos y miedos junto a los cerdos que no hizo caso. Además, su hombría se quedó en las paredes del prostíbulo donde conoció a Rosario.

—A mí no me preocupa eso —masticó—. Lo que tengo es hambre.

La mujer, que intentó en vano acomodar a la circunstancia su estentórea y arrugada voz nasal, hizo jirones el silencio en el que trabajaban aquellas hormigas:

—Oigan, ustedes..., si alguno me hace er favó... —gritó como si pregonara las virtudes de sus carnes.

Una vieja que salió de la negrura reprochó a “la hembra ésta que nos va a descubrir” que gritase de esa manera.

—Calla, niña —le dijo, casi confidencialmente.

Le explicó que la policía rondaba todos los días para impedir que se construyeran más chabolas. Las que no se hubiesen terminado al amanecer serían derrumbadas y arrestados sus constructores. Durante el día, todos bajaban a la ciudad a buscar trabajo o algo que comer o materiales.

—Porque a pleno sol —siguió— hemos de parecer personas normales, con un camino y un horario normales.

La vieja, sin reparar en Antonio, tentó con disimulo las carnes prietas de Rosario antes de asegurarle que ella no tendría muchos problemas para abrirse camino:

—Pero atiende, muchacha —advirtió—, siempre con la boca cerrada.

Les ofreció su chamizo por esa noche y lo compartieron con otra pareja recién llegada.

Antonio no durmió. Estaba asustado por las consecuencias que le había acarreado su primer, y tal vez único, brote de virilidad en el prostíbulo. ¿Quién era él allí? Un hombre es lo que es cuando reconoce su entorno y lo domina. Pero él era sólo miedo; miedo a mil kilómetros de sus guarros y sus mugres, con una mujer que era una niña, comprometido en una nueva vida que le obligaría a hacer todo lo que jamás pensó: beber a ratos autorizados;

legalizar su situación; casarse; tener hijos y hasta ir a esos médicos “que tienen señoritas pa que me vean el culo porque me sale sangre, ay que ver...”

Arrastrado por el ímpetu de Rosario, la noche siguiente logró levantar una barraquilla. No era muy espaciosa, pero sólo tenían que meter en ella su ignorancia del mundo. Un sueño absurdo el que debían obrar a cambio de dolor, de falta de libertad, de miedo y, sobre todo, de días eternos sin paz. Aunque no lo sabían, ellos se disponían a iniciar la carrera del necesario estiércol para la felicidad de los señoritos, a quienes ya habían atisbado también por aquí entrar y salir de casas tan grandes como la montaña, vestidos igual que en las bodas de las personas principales del pueblo.

Gracias a la vieja, Rosario comenzó a trabajar de puta. Mejor chingada que pagada, a veces se preguntaba por qué cuando con su dinero compraba patatas le daban esas piedras enmohecidas que olían peor que su gatera, pero eran pensamientos “que sin querer me pasan por mi mente, ¡ea!, peor es un dolor”. Antonio trabajaba en las obras, pero duraba poco: unas veces por el vértigo y otras porque sí, regresaba todas las noches al escondite sin dinero y pasado por el alcohol, que le dibujaba un rostro de espanto más sobrecogedor que el de un niño asustado. La rubia emprendía entonces un ritual de gritos, insultos y hostias de mujer brava:

—Te tengo que abrir los sesos, cabrón —gritaba, para que se enteraran al otro lado del mundo—. Pero no te vas a escapar. Aquí —y se arañaba el vientre hasta sangrar— tengo un perdigón que tú me has hecho, hijo la gran puta.

Con los años, y sin saber contar, entre ambos tuvieron nueve hijos. Las vecinas se acostumbraron a las barrigas de Rosario.

—A ver, vamos por otro —parecía excusarse—. Si es que yo no puedo ver a mi marío en carzones blancos.

Con tanta carga, hubo que ensanchar la barraca y las peleas se hicieron más frecuentes. En las últimas, Rosario tomaba la táctica más convincente:

se armaba con un martillo y un clavo y perseguía “a este joío-por-culo” hasta donde sus fuerzas le permitían. Las carreras, los gritos y la policía eran el verdadero cine al aire libre del barrio. ¡Qué verismo! Los guardias llegaban cada vez más tarde, pues conocían muy bien la historia y sabían que era irremediable aquella relación de odio sin querer. Cuando se los llevaban al cuartelillo, los vecinos se hacían cargo de sus hijos durante unas horas.

—A ver, Rosario —le decía el agente que escribía a máquina las declaraciones y que ya formaba parte de la familia—, ¿lo de siempre?

Rosario casi relinchaba:

—¿Pero no ve usted ar vago éste? Otra vez está borracho —decía, iracunda, mientras con el brazo alzado amenazaba a Antonio.

—Habla, cornúo, que te v’y a dar un metío que verás...

Pero él nunca decía nada. En las antípodas de la vida, Antonio temblaba con la aparente indiferencia de un pez herido, y su cara, como un día resuelto en un instante, se arrebolaba bajo la negrura de la barba de pobre antes de ocultarse bajo sus manos: parecía un marinero enrolado en un barco donde sólo se faenara la tristeza.

Era un juego conocido, antiguo: la mala vida. O mejor, la vida. Porque ellos no disponían de calificaciones morales para explicar el movimiento inconsciente de su respirar diario, su existencia.

Cumplidos los trámites ordinarios, regresaron a su casa como habían salido: removiendo las risas de la gente. Rosario gritaba, pero esta vez, entre empujones brutales, su boca chirriaba con amor:

—¡Si podemos ser felices, mariconazo! —le asestaba en cada oreja—
Mañana sargo contigo a buscarte una colocación.

Los niños no esperaban a sus padres. Recordaban los días de pelea porque comían a lo grande en las casas de la vecindad. Incluso deseaban que se corriesen más a menudo la juerga para satisfacer esas hambres que les parecían tan raras porque sólo ellos las padecían. En ocasiones, algún pequeño lo explicaba diciendo “que estoy malo, señora Pilar, y si huelo el humo que sale de ahí —señalaba a la cocina—, me pongo más malito”.

A la habitual tormenta de carnes y silencio en que se habían convertido Rosario y Antonio de vuelta al chiquero, sucedía la sigilosa llovizna de sus hijos cayendo de uno en uno en el espacio que la burocracia designaba como unidad familiar: nueve seres vivos escondidos en la noche; nueve animales remedando con torpeza a la raza humana; nueve finales creciendo innecesariamente.

La mañana trajo un nuevo sobresalto. Cuando Rosario y Antonio salieron a la calle con intención de buscar un empleo, medio barrio se encontraba alrededor de tres grandes coches azules de los que habían salido unos individuos trajeados tocados con relucientes cascos blancos. Hacía tiempo que se rumoreaba que en la zona se iban a construir unas obras que les dejarían sin vivienda, pero nadie lo creía “porque a nosotros no nos quieren ni ver; cuanto más lejos estemos, mejor”, comentaba un hombre.

Cada uno de los coches traía a un representante de los organismos oficiales que, conjuntamente, iban a realizar las construcciones cuyo fin era la celebración de un gran acontecimiento deportivo, unos Juegos Olímpicos de verano. Con desdén, bajo un rictus de sonrisa mediadora, uno de aquellos señores se dirigió a los chabolistas:

—Conciudadanos —comenzó—, el futuro ha llamado a nuestra ciudad y debemos demostrar al mundo que somos capaces de armonizar la riqueza histórica que nos contempla con un espíritu de modernidad imprescindible para avanzar privilegiadamente hacia el porvenir...

Una voz pasada por el aguardiente se intercaló en medio del discurso ininteligible:

—¿Qué quiere? —inquirió.

El orador hizo caso omiso. La respuesta no llegó hasta el cuarto folio:

—...y esta montaña, símbolo de nuestra cultura, ofrecerá al mar nuestro mejor presente: VUESTRO ESFUERZO. Sí, porque sois vosotros la verdadera fuerza de esta tierra que, orgullosa, es la síntesis del desarrollo humano.

—¿Adónde vamos a ir si nos echan? —gritó alguien.

Pero no hubo respuesta. Los tres coches tomaron la pendiente en dirección a la ciudad. Cada cual volvió a su labor rutinaria. La perplejidad –impresión que sólo tienen las personas leídas– no cabía en las mentes de aquellos seres arrastrados por las circunstancias generadas por la invisible autoridad: el abstracto ELLOS.

Poco tiempo después, la ciudad inició un proceso de metamorfosis desconocido hasta entonces. Se vestía y desvestía de grúas, vallas y agujeros a tal velocidad que pronto alcanzó el monte. Fue una invasión ruidosa: camiones, excavadoras, picos, palas e incluso casetas de obra con aire acondicionado: *las casitas fresquitas*, como las calificaban los que iban a ser deportados.

La expulsión se consumó sin resistencia en escasos días. Los miserables debían vivir como personas decentes en unos edificios construidos al otro lado de la ciudad, sobre un antiguo estercolero. Las viviendas serían propiedad –es un decir– a medias entre los usuarios y la entidad financiera que les proporcionaría el dinero a muy bajo interés. El trabajo con el que poder pagar las mensualidades estaba asegurado, al menos, hasta pasar los fastos.

De la noche a la mañana, la inmovilidad, el hastío y la miseria laborales del pasado reciente tornaron su faz y por doquier hervían ahora las fábricas, las oficinas y las empresas de construcción que reclutaban personal sin hurgar en la procedencia social o cultural de la soldadesca civil. A veces, tras el nombre de una empresa aún no existía un proyecto que realizar. Pero eso carecía de la menor importancia, pues las subvenciones oficiales llegaban con pronta liberalidad.

Antonio fue encontrado por el trabajo. La ciudad, el mundo, el futuro necesitaban de hombres como él. Su torso encorvado, su andar apagado, la tez hirsuta y bruna le confeccionaban un espléndido currículum, que paseaba por calles y bares. Antonio era un bucanero ideal para ser enrolado en la infi-

nidad de barcos que estaban zarpando rumbo a los nuevos tiempos desde todas las cloacas de la urbe. Y con la intrepidez que dan nueve hijos que alimentar, un piso por pagar durante el resto de su vida y una mujer, “muy hembra, la jodía”, absorbente como una esponja y atenta como un pastor, “que cualquiera le dice que aquí estoy, aún na’de na’, que el trabajo está achuchao, con la que hay liá en esta tierra”, Antonio recaló en la nómina de una constructora encargada de realizar gigantescas autopistas para las ratas urbanas.

Fue una desdichada mañana la de su fortuna. Ebrio permanentemente, desleído en todo el anís que pudo comprar desde que se levantara, Antonio despertó, incomprensible y brutalmente, cuando hubo estampado, sobre una equis, la huella de sus dedos en diez hojas que un oficinista barbudo le tendió:

—Mañana te presentas aquí a las siete –le urgíó el empleado–. Si te portas bien y eres trabajador, te harás viejo en la empresa –mintió con desparpajo.

Aturdido hasta la sobriedad, se disponía a marcharse cuando el oficinista apostilló:

—Ah, si te preguntan si quieres hacer horas extras, tú di que sí; es muy importante que demuestres buena voluntad.

Al mediodía, Antonio dio las novedades a su mujer. La rubia, caliente aún tras las refriegas con el último cliente, le abrazó como en ella era habitual: un achuchón aquí, un pellizco allá, un “hijo-la-gran-puta-de-mi-marío”, para acabar con un inabarcable beso de desatascador a modo de descabello.

—Y ahora –dictó Rosario–, a nuestro piso nuevo y a trabajar.

Los edificios de los desterrados se encontraban en un pestilente yermo sin urbanizar. El ajeteo de mujeres, viejos, niños desharrapados, carrromatos y tartanas cargando colchones desvencijados, cacerolas desportilladas, chinches, pulgas, toritos de plástico y pequeños bustos de jesucitos avejentados, aderezaba el cuadro de la miseria, genética ya, de esa gran parte del mundo que no era ni siquiera objeto del interés del más mediocre medio de comunicación. La aventura, la gran aventura del respirar diario, pasaba inadvertida (¡el desprecio hubiera indicado conocimiento!) para la grave civilización.

El piso mal rematado al que fueron a parar constaba de tres habitaciones pequeñas, un comedor con cocina incorporada y un lavabo estrecho en el que un agujero recordaba a los váteres del pueblo. Un palacete, sin embargo, a los ojos de Rosario, aunque sin posibilidad de ensancharlo, como la barraca. Durante el primer mes se arreglaron como pudieron hasta que Antonio recibió la primera nómina, imprescindible para comprar, a plazos, unas cuantas literas donde acomodar a la prole-piara. Los gastos comenzaron a ser onerosos, mucho más cuando adquirieron un ciclomotor de segunda mano con el que trasladarse a la ciudad, pues la zona no era atendida por ningún servicio de transporte público. Incluso algunos taxistas se mostraban remisos a pasar por trochas semejantes.

El encorvado y la rubia deslomaban la derbi-paleta cada madrugada camino de sus respectivos trabajos. Mientras conducía, aturdiendo el silencio de los arrabales, Antonio pensaba a veces en lo diferentes e iguales a la vez que eran sus empleos. Ambos eran el punto final de las mierdas destiladas por la ciudadanía. Ser puta, ser topo o rata; ser la miasma, oculta en la cloaca o

en el burdel, de aquel orden social impuesto por ELLOS... ¡qué más daba! Sin embargo, algo estaba cambiando, algo que Antonio no comprendía y que hasta entonces había marcado una sutil diferencia entre sus oficios: la clientela de Rosario siempre había estado compuesta por “los señoritos”, que no eran sino ejecutivos, patriarcas religiosos, políticos, escritores y demás adalides de la moral pública; pero también era cierto que en las arterias subterráneas de la ciudad jamás se habían dado cita, para realizar trabajos no cualificados, tantos abogados, médicos, maestros, poetas y artistas de todo género como ahora. Precisamente, Antonio trabó amistad en la obra con un licenciado en periodismo, un poetaastro incapaz de publicar un sólo verso o un breve en un periódico. Ramiro, el perio-poeta, un sofista desmañado de medidas napoleónicas, era bonachón por impotencia y hablador por resentimiento. La de ambos fue una unión trágica al estilo clásico. El destino los ayuntó a los dos para que tirasen del mismo carro, el de la infinita desgracia que embarga a quienes no pelean con la razón para vivir. Cada vez que el trabajo se lo permitía, Ramiro creía adiestrar los oídos de Antonio contándole unas historias que el taciturno aceptaba sumiso, aunque –o seguramente por ello– no las entendiera, si bien le gustaba ser amigo de un individuo que hablaba como ELLOS, por más que su suerte fuera distinta. En ocasiones, se calentaba y “cántame en el asturiano ese”, le pedía, y Ramiro remedaba burdamente un canto gregoriano que, como periodista, sólo conocía superficialmente. A cambio, Antonio salía como un hurón de su hermetismo y le pintaba, con el único color que su ignorancia le permitía, pequeñas escenas de su vida. Al principio eran trivialidades, pero pasado el tiempo el poeta se convirtió en el depositario de la amargura “que tengo aquí metía como un callo y me s’afloja con la conversación”.

—Mire usted –decía Antonio, usando el pronombre de cortesía pues no sabía tutear al licenciado–, mi mujer y yo nos peleamos todos los días sin saber por qué. Si está alegre, me pega; si se enfada con los niños o yo no tengo ganas de meneo –usted ya me entiende–, me dice que eso es por la bebida y me zurra también. Qué quiere, yo no sé cómo hacerlo. Y los niños, en contra mía. Mariángeles, la mayor, me mira igual que su madre... ¡Miedo tengo de poner los pies en la casa!

Ramiro trataba inútilmente de animarle. El licenciado era hijo de ambientes parecidos y conocía muy bien la dolencia que aquejaba a su compañero.

—¡Venga, venga, mis leones! —rugió un enano albino en el tajo de las lamentaciones— ¡Que se note que tengo la mejor gente d’Uropa!

Manolo, el encargado, gustaba de aparecer por sorpresa. Arengaba a sus hombres con un estilo propio de algún general invicto. Bramaba sin medida por culpa de “los vagos hablanchines” que tenía que alimentar:

—¡Aquí mando yo! ¡A trabajar! —y sacaba del bolsillo un silbato que tocaba para acompasar cualquier tipo de tarea— ¡Esos sobacos, que no sudan! —gritaba sin desmayo.

Quince horas después de comenzada la jornada, Antonio, o lo que iba quedando de él, regresaba a su barrio. El bar La Escalerilla, su verdadero hogar, estaba atestado de hombres parecidos a él. Todos hablaban, hablaban, hablaban... Todos hablaban de sí mismos, pero sin mencionarse. Bebían, voceaban, opinaban del mundo con seguridad. Todos los hombres hablaban, hablaban, hablaban... Todos los hombres eran nada. Todos los hombres agonizaban juntos, como los cerdos, las ovejas y las vacas.

El hombre Antonio bebió complacido algunas copas del “calorcito” que le distanciaba de las obligaciones de su casa. De haber sabido, habría pensado en lo poco que tenían que ver sus polvos con Rosario y aquellos niños que a todas horas querían comer, jugar, reír... Pero no sabía... Antonio, ¿padre, marido? Antonio, nadie.

Nadie-Antonio se disponía a entrar en el nicho familiar cuando, asomada al balcón, una boca gigantesca estaba aullando:

—Mariágeleeeeeeeee... Ven-acá-pacá, so putón. ¿No t’he dicho que subas? ¿Qué hora es? Me cagon tu mala sangre. Sube a tus hermanos, que te v’y ajogar —sin duda, y para siempre, Rosario.

María de los Ángeles, Juan Carlos, Francisco, Teresita del Niño Jesús, Dulce Nombre de María, Inmaculada Concepción, Jesús, Caridad y Antoñín pasaron como un zumbido junto a su padre. No tenían costumbre de hablar con él porque él tampoco la tenía. Los pocos momentos que pasaban juntos en el comedor los presidían los chascarrillos bravucones que su madre dirigía más a los vecinos que a la familia. Pero hablar entre ellos, lo que se dice hablar, jamás practicaron esa gimnasia de los labios y del corazón. A veces,

el televisor portátil profería unos cuchicheos similares que eran interrumpidos ipso facto por quien primero se daba cuenta. Preferían ver y oír la realidad: o sea, ambulancias, tortazos, sirenas de policía, tiros... En más de una ocasión recordaban que el coche de policía que salía del fondo del aparato paraba a la puerta del bloque y “pom-pom, buenas noches, ¿dónde están tus papás?”, preguntaba un guardia. “Han salido corriendo, señor”, contestaba uno de los espectadores-niños.

Inopinadamente, durante la cena, Rosario intentó esa noche una suerte de conversación que asombró a todos por igual:

—Cuéntame algo de trabajo —le dijo a Antonio, con una voz al punto del amor.

El hombre, estremecido porque creía que su mujer proyectaba gestar un nuevo niño, permaneció cabizbajo mucho tiempo jugando con su antigua navaja.

Rosario, muy interesada, repitió la pregunta y, oh, rara maravilla, ¡no gritó! Por fin, Antonio notó que su boca se abría y comenzó a escucharse: articulaba palabras, frases, ideas... Oh, Dios, Antonio existía también más allá de su boca. Le dijo que el trabajo con los encofradores era muy duro; incluso pasaba miedo cuando le obligaban a descender a algún pozo profundo sin entibar:

—El encargado sólo mira pa la empresa. ¿Sabes que l’hemos visto hacerle la paja a un perro chiquito? —reía— Y el jefe de obras..., no veas —se acompañaba con un movimiento rápido de la mano derecha—. Es un niñato pequeñillo y regordete... ¡pero sabe, el tío...! ¡Y qué mala leche tiene! Jordi Montané se llama, o algo así. Dicen que como la obra va tan bien le van a dar no sé cuántos millones de propina.

—¿Y a vosotros, qué ? —interrumpió Rosario.

—A nosotros nos regaña mucho porque dice que salimos muy caros a la empresa —contestó—. Afigúrate, Rosario —se impulsó vivazmente—, el día que se casó en la iglesia que está al lao de la obra, se derrumbó un muro, y uno que es muy pelotas fue a decírselo. ¿Y sabes qué hizo el cabronazo? Pues dejó a la novia llorando y echó a correr hasta el tajo. Cuando vimos al

pingüino dando saltos por el barro, nos quedamos paraos, no podíamos ni reirnos...

—¿Y se puso a trabajar con vosotros? – preguntó Francisco.

—No, qué va... Decía: “¡idiotas, inútiles!”. Siempre dice lo mismo.

Antonio se calló en este punto. Parecía azorado por el prolongado parto de palabras. Incluso sentía algo parecido a la vergüenza, pues había concitado por primera vez la atención de su familia. Sin embargo, nadie creyó reconocer en aquel nacimiento el rostro de la alegría.

Antes de ir a dormir, el hombre se acercó a la rubia con disimulo:

—Mañana tenemos un reconocimiento médico. Échame en la bolsa unos calzones limpios.

Antonio durmió poco, pues no aguantaba muchas horas sin beber.

En la mutua habían dispuesto lo necesario para que los obreros no colapsaran la entrada donde a la señorita de “información” se le acumulaba el trabajo respondiendo a preguntas obvias o retando con la mirada a quienes se le insinuaban fácilmente ya de buena mañana. Para sorpresa de la dirección del centro, el trámite –porque no otra cosa era la parodia pseudo médica– se saldó sin sobresaltos, salvo la disputa que Ramiro sostuvo con un espigadísimo facultativo.

Nadie supo por qué, los trabajadores, cual monos, anduvieron desnudos los veinte minutos que duró la farsa: soplaban aquí, tosían allá; ora “aprieta fuerte, tú”; ora “callaos de una puta vez, joder, que no tenéis educación”. Tras recorrer más pasillos que consultas, un dios blanco con una bata blanca preguntaba todo aquello que, en realidad, debería constatar él con la ayuda de su ciencia.

El mono Antonio y el mono Ramiro llegaron a la vez a donde el interrogatorio. El inmarcesible del batín urgió a los animales:

—Eh tú, espabila –le dijo con asco a Antonio—. No pareces muy sano. ¿Fumas? ¿Bebes? ¿Haces gimnasia? ¿Comes grasas? ¿Eres alérgico a alguna medicina? ¿Has sufrido enfermedades graves? Firma aquí, te vistes y adiós... Vamos, firma, ¿no te enteras? –inquirió, molesto.

—Usted perdone, es que no sé echar mi firma –respondió Antonio con la humildad de la ignorancia.

Ramiro, que estaba presenciando la eterna escena de la humillación, se adelantó para contener la ira manifiesta del buen doctor:

—Verá: como le ha dicho, no sabe escribir, y además está desorientado porque nunca ha pasado un reconocimiento —intervino con suavidad—. Le ruego que le vuelva a formular las preguntas, pero despacio, porque estoy seguro de que tiene cosas que decir. Él es bebedor habitual y ha malcomido durante toda su vida; a veces sangra por la nariz...

—¡Y a mí qué me importa! —cortó salvajemente el del juramento hipocrático— Que vaya al médico, al suyo, quiero decir. Aquí no curamos a nadie. Si lo hiciéramos, ¿quién iba a trabajar en las cloacas?

—Le insto a usted a que suscriba documentalmente cuanto acaba de decirnos —arremetió pomposamente Ramiro—. Supongo que entre la profesión quedará alguna mente incorrupta que le haga a usted reflexionar o, al menos, bajar del Olimpo al que ha subido con la ayuda de la bata blanca.

El gigante divino se descolgó del cuello el estetoscopio que nunca usaba y lo depositó sobre la mesa lentamente, ganando tiempo así para pensar y recomponer la cara perpleja, ofendida, que le había quedado.

—Bueno..., discúlpame —mentía—. Hoy tengo tres empresas, y una de ellas trae a más de quinientos obreros... Ya sabes, mucho ruido, mucho olor... ¿Tú me entiendes? ¿Porque tú... no eres un obrero como éstos, verdad? Pareces instruido.

—Yo soy peón de encofrador, igual que este señor —señalaba a Antonio, quien permanecía como ausente durante la conversación—. La dignidad no se adquiere con los estudios, ni con nada... Pero me temo que no sabes de qué te estoy hablando. Tú no conoces ni el frío ni el calor a la intemperie. ¿Alguna vez has hecho tus necesidades en la calle; has comido con las manos llenas de sangre y restos de heces; has pasado miedo encaramado a un muro de veinte metros de altura, sin andamios; te ha vencido el sueño después de treinta y seis horas seguidas de trabajo oyendo a tus espaldas a los jefes “goebbelianos” gritar que eres un gasto oneroso para la empresa; has visto morir a tus compañeros en accidentes que jamás debieron producirse porque los presupuestos de las construcciones contemplan una partida importante destinada a la seguridad, pero las barracas-botiquín, por ejemplo, están atestadas de herramientas aunque por fuera luzcan un llamativo logotipo con la dichosa cruz?

Tú estás aquí encerrado en tu cárcel de aire acondicionado y agua contaminada y calculas con indolencia cuánto valen los restos humanos que, enteros o por piezas, llegan hasta tu mesa: un muerto, un millón y medio; un dedo, depende de la mano (tú te encargas de demostrar que si pertenece a la derecha su dueño es zurdo); al inválido lo engañáis, como al de la semana pasada, ¿lo recuerdas?: treinta y cinco años, bizco, cecijunto y mal afeitado. Acabando un destajo delirante se cayó de espaldas desde siete metros. No llevaba correas de sujeción y el suelo del túnel oscuro estaba lleno de hierros. En el instituto de paraplégicos, su hijo de doce años lee una carta de la empresa que dice que se cumplían las normas de seguridad. Miguel —así se llama ese trozo de medio muerto— había bebido, según vuestros análisis. La negligencia en el trabajo no da derecho a indemnizaciones; es decir, al inválido, nada.

Ramiro no dejaba de mirar al dios blanco, que comenzaba a resoplar como si tratara de recomponer o dar vida a quienes mencionaba el perio-poeta. Pero el instruido peón Ramiro hablaba con el estómago herniado y la piel quemada en las playas del submundo, ese que el dios sólo alcanzaba a oler. Así que volvió a tomar aire y le asestó de nuevo una puñalada de lengua inflamada:

—Cuando huelas a estos señores, recuerda que es tu mierda la que huele: tus vómitos, tu herrumbe; todo cuanto hiede en tu casa acaba yendo al mar de los ignorados. Tus condones, las compresas de tu mujer o tu querida, el pendiente que te pones en la polla porque es la moda; en fin, tus detritus sin válvulas ni “airbag” de serie adoban los cuerpos contrahechos de quienes tanto te molestan. A cambio, ellos se dejan estafar por un ingeniero formado en el norte del mundo; y también por quienes mendigáis la gloria de una reverencia o raptáis el respeto y la vergüenza de unos hombres nacidos en el lodazal de vuestras conciencias. Recuerda siempre, señor doctor, que tú eres quien eres gracias al dolor y a la muerte; la miseria y la pobreza de los demás te hacen libre y poderoso. Tú también eres un político, y la ciudad es una vasta Hélade a la que te acercas cuando eres elegido para certificar su defunción. ¡Viva la mala vida, doctor!

Ramiro y Antonio se vistieron rápidamente delante del gigantesto dios de la bata blanca, quien como prueba de que no había entendido nada, aconsejó al peón periodista:

—Deja este trabajo lo antes posible, de lo contrario reventarás de angustia.

Ramiro miró al gran dios y así le dijo:

—Los tiempos están cambiando, oh señor. Prepárate para recibir en el seno de tu despacho a un arquitecto y a dos colegas tuyos que traen también una angustiosa dolencia de próstata.

Ya fuera de la mutua, los dos hombres se dirigieron a un bar para desayunar. Antonio apenas probó bocado, pero bebió en abundancia mientras admiraba la cara de su valedor. Se sentía reconfortado al lado de quien acababa de enfrentarse al divino, aunque no supiera muy bien por qué. Pensaba que las disputas entre los hombres deben decidirse con una buena pelea; a la postre, los animales, que son sabios, lo hacen así, y entre ellos no hay una bata blanca ni un traje que los persuada. Sin embargo, ELLOS son así, “joer, son cosas de las letras”.

Manolo, el encargado matón, esperaba impaciente el regreso de los trabajadores. Según iban llegando, y tras un insulto amistoso, les encomendaba la faena. La de ese día era una jornada especial. Las autoridades de la ciudad habían anunciado su visita a las obras, por lo que se imponía limpiar, adecuar, armonizar el caos. El ingeniero Montané mandó repartir uniformes nuevos que más tarde debían ser devueltos hasta una nueva ocasión.

Ordenó también que se instalara un enorme letrero luminoso similar a los repartidos por toda la ciudad y que anunciaban los días que faltaban para la celebración de los fastos deportivos. Montané corría nervioso entre fiambreras, agujeros, hierros y tablones esparcidos por doquier. Gritaba, amenazaba, abandonaba la educación recibida en la universidad alemana:

—Eh, tú, periodista, dile a esa caterva de morenos que se están jugando el contrato —le dijo a Ramiro—. El alcalde llegará enseguida. Después te vas a la

casa del escritor ese que me está fastidiando y le comentas que lo de su expropiación va bien, sólo quitaremos la piscina y parte de la pineda. Te llevas al encorvado y valláis la parte no afectada de la casa. Ah, no os olvidéis el casco.

La ciudad parecía representar una comedia en la que la alegría organizada constituía el afeite que ocultaba la verdad. Los hombres encarnaban a multitud de personajes de acuerdo con el momento o las necesidades; incluso las cosas y los lugares poseían tal capacidad de transfiguración: los cementerios no acogían a los muertos, sino a quienes se iban a descansar durante el futuro; los geriátricos inmundos en los que se hacinaban los viejos se convirtieron en residencias de la tercera edad; en los hospitales, los enfermos permanecían el menor tiempo posible porque, aseguraban los expertos, la convalecencia en casa es más humana y la componente psicológica es lo que cuenta en la recuperación; los medios de comunicación ofrecían programas de entretenimiento y reducían la información a unas pocas noticias inventadas, hasta el punto que algún magín desbocado afirmó en alguna ocasión que el Camino de Santiago podía ya recorrerse en fax... La realidad de la ciudad se urdía a escondidas, en los ratos libres, deportivamente.

Los obreros estaban sentados en la mesa, es decir, sobre las piedras y tablas de la obra, cuando seis cicloturistas ataviados con sendos chándals immaculados pasaron a pie junto a ellos arrastrando penosamente unas bicicletas de carreras. El grupo componía una escena ridícula. Caminaba en formación militar, pues todo apuntaba a que la disposición escalonada del conjunto obedecía a un orden jerárquico. Los hombres más retrasados miraban a derecha e izquierda como si presenciasen un partido de tenis; de sus rostros nada podía deducirse ya que las gafas negras los camuflaban. Algunos de los imaginarios tenistas debió de rematar un tanto porque los mirones dejaron de girar sus cabezas y centraron su atención en un punto lejano. Un casco blanco aparecía y desaparecía con prontitud esquivando toda suerte de materiales y accidentes orográficos. Cuando el del casco “guardiana” se dio de bruces con el que encabezaba la comitiva, su actitud histriónica contestó a la pregunta que los trabajadores se hacían (¿quiénes eran esos señores?). El señor alcalde había llegado acompañado por sus dos escoltas y tres concejales.

Antonio no podía creérselo:

—¡Unos señores tan principales con ropas para sudar, joer, cómo es la vida! —dijo al aire de los que comían a su lado.

—No te enteras, Antoñito —intervino un vejete desdentado—. La democracia esa de los políticos es que todos tenemos derecho a vestirnos como queramos, ¿o no es así, estudiante? —se dirigió a Ramiro.

—No, abuelo, no es eso, no es eso... —respondió desganado el periodista con unas palabras que no eran suyas— La democracia no tiene nada que ver con las ropas ni con las formas, sino con el fondo. Para que usted me entienda: ¿ha oído alguna vez la frase “no quieras para los demás lo que no deseas para ti”? Pues la democracia empieza por ahí.

El anciano comía pausadamente mientras escuchaba “las tonterías que no se ven” que contaba el joven inexperto:

—¡Ea!, ¿qué me vas a decir tú a mí, que ahora vivimos igual que antes? —logró articular el sexagenario con la boca rezumando grasa— Cómo se nota que no has pasado una guerra. Hace años, enseguida conocías a las autoridades porque sus ropas brillaban como el oro y cuando pasaban por tu vera tenías que levantarte y saludar aunque estuvieras pensando que ojalá te mueras, cabrón, de un dolor de vientre. Pero ahora, míralos, quién iba a pensar que esos deportistas son quienes son... y nosotros aquí, tan a gusto comiendo al sol...

—Tiene usted razón, abuelo —zanjó Ramiro, decepcionado—. Nuestros monos amarillos nos hacen iguales.

La democracia de los días consistía en un guarismo anunciado por el letrado luminoso. Las gentes fijaban sus ilusiones en él antes de cruzarse

miradas de contenida alegría. La ciudad cambiaba de cara aunque nadie se preguntaba si en realidad ésta era el espejo de su alma. A nadie seducía indagar en los fondos, seguramente lastimeros, donde crecía el albur del futuro presa de arritmias que amenazaban con aflorar a la superficie de la felicidad y derramar su fatiga. Cada hombre sano aportaba su grano de responsabilidad a la causa de la modernidad. Cada hombre se hacía cargo del espacio que ocupaba: barrer, adecentar, moralizar: cada hombre señalaba el camino de la civilización. Los más osados, asomaban sus cuellos a los solares ajenos para escrutar, comprobar, dictaminar o denunciar. La delación, como un imperativo ético, alcanzó los confines del área metropolitana. Oleadas de pudor comenzaron a bañar las avenidas de la urbe. Los unguidos salvaban sus vidas a bordo de las inestables escampavías de la decencia; los parias, sin embargo, eran arrastrados por la marea o simplemente morían dichosamente: a sus cadáveres, los funcionarios municipales les colocaban dos grandes letras distintivas: una S y una P –Servicio Público– para distinguirlos de aquellos otros cuyas muertes no debían ser objeto de más atención. El gran pacto cívico estaba fraguándose de manera tácita, sin necesidad de acuerdo previo. La armonía del deber se imponía subrepticamente para envidia del orden castrense pretérito hacía poco tiempo.

Ex convictos sin posibilidad de redención; estraperlistas de Winston y Marlboro; putas; homosexuales; políticos revolucionarios; artistas sutilísimos, algunos de ellos autores de importantes obras que firmaban nombres ilustres; pobres cuyo aspecto afeaba la nueva estética; ciudadanos pasivos que no acudían a los festejos populares; mujeres estériles... La relación de seres no afectos a los nuevos tiempos aumentaba continuamente debido a la facilidad con que eran identificados. Una vez localizados, el trabajo de los guardianes de la moral consistía en mostrarles el lugar en el que debían recluirse mientras la vida oficial preparaba y festejaba su triunfo.

A Rosario le llegó el turno un lunes de zozobra. Tras muchas disputas con las mafias de proxenetas, había logrado trabajar por cuenta propia en el corazón de la ciudad, donde se especializó en señores de reputación incuestionada e incuestionable. Cada mañana, la rubia les preparaba un jugoso desayuno mediterráneo que los publicanos tomaban aderezado con tranquilizantes y delirios.

La portentosa voz de Rosario rebotaba en las paredes nobles del barrio antiguo. La venta de la carne o de la grifa, del cuadro o la voz; la venta de la vida toda confería un misterioso encanto al lugar, convertido en inexcusable ruta turística y en el que sólo se echaba en falta el heroico suceso de una moderna revuelta romántica para ser promocionado como un espectáculo sin parangón en el mundo de las atracciones reales.

El perfume que Rosario utilizaba apenas se percibía, confundido entre olores de vómitos, orines, excreciones y leches cortadas que chuleaban las zonas de su territorio. Alguno de los refinados clientes consolaba a la puta inmensa con unos circunloquios ininteligibles:

—Cuando te ensarto con mi ariete contra estos muros —oraba espasmódico un calvo ahogado por una pajarita azul— miro hacia arriba, donde la pétrea historia de la obra sagrada se funde apasionadamente con la obra del demiurgo.

Rosario acostumbraba a respetar a los hombres del negocio, pero esta vez la inocencia le entregó a su lengua una incómoda ocurrencia:

—¿Quieres decir, gachó, que t'estás meando? Anda, límpiate, que vais todos siempre con la manchita.

—Oye... tengo que decirte algo... —dijo dubitativamente el hombre público.

—Venga, suelta lo que sea. Rápido, que tu secretario está en ayunas —espetó la mujer pública.

—No vas a poder seguir trabajando aquí. Compréndelo..., y abróchate, por favor, que no estamos solos.

—A ver, explícame eso muy clarito, me cago'n tus líos... Y tú no jalas hoy —señaló, nerviosa al secretario, apostado tras una pequeña ventana de un edificio cercano.

El cliente fue transformándose en autoridad a medida que hilaba su nada convincente discurso: comenzó pidiendo perdón por las molestias y acabó amenazando, después de reconocer el gran servicio que las mujeres prestaban a la comunidad:

—Esta ciudad está experimentando una metamorfosis única en su historia. Lo que aquí se va a producir nos va a situar a la cabeza del nuevo orden mundial. Nuestros movimientos, incluso los más insignificantes, son vistos y ponderados alrededor del mundo. No podemos fallar, es la gran ocasión de asomar los ojos antes que nadie al milenio que viene. Las personas importan poco, lo relevante es la obra, el legado... ¿entiendes, Rosario? Lamento que las cosas sean así. ¿Crees que podemos dejar en el escaparate las bragas sucias? ¿Cómo...? Claro que venimos a buscaros... ¿Podríamos aguantar lo que aguantamos si no hicierais lo que hacéis? Quienes arrostramos la responsabilidad del futuro tenemos carencias igual que vosotros, pero hemos de preservar nuestra imagen y, aunque te cueste admitirlo, también la vuestra. Piensa, Rosario, piensa, esta medida es un bien para vosotros; todo este esfuerzo es por vosotros... Ya lo sabes, mañana pasarán unos hombres a indicaros en qué zona os vamos a ubicar. Será por poco tiempo, no te preocupes... Ah, tú y yo no nos conocemos —sentenció—. Si me comprometes, te arrepentirás.

Rosario perdió la compostura. Por primera vez sintió miedo ante un hombre:

—Pero, señor, señoría, ¿y mis niños... con qué van a comer..., señoría, oiga usted...? Me cago'n tu puta mareeeee...

La mujer de plástico, sola ya, rompió en un llanto descomunal.

Cayó, no, se derrumbó en el suelo, zaherida por la única idea que su pensamiento acertó a engendrar:

—Me han violaooooo... —gritaba, limpiándose el licor del preservativo que le había salpicado en la cara cuando topó con el pavimento.

Permaneció un buen rato tirada en la calle, muerta o, más bien, silenciada por los primeros efectos de la limpieza ética. Desde el ventano, el secretario miraba a Rosario: “¿Cómo puedo trocar tu desesperación?”, pensaba, “sólo soy un humilde esclavo de la opulencia. Si me esperaras unos meses nada más, vida mía, tú y yo... Un ligero desmayo sacó al secretario de sus consideraciones voluptuosas, que habían ido a parar a la mar, que era el pantalón; tiró de la cadena e intentando lavar los restos de su amor inane reparó en lo pina que se iba a hacer la cuesta el lunes próximo.

María la cojones –otra autónoma de la vida– bajaba la calle de la mano de Fernandito Rejas, un excelente rapsoda entusiasta de la poesía de Rafael de León. A Fernandito le apodaban el hombre-coño los endilgados usuarios de su trasero –cuadros intermedios de la Administración–, quienes siempre negaban conocerle porque “esas cochinas son cosas de los jefes, faltaría más; a mí me gustan las tías, y así me va, que lo que prima hoy en día es un culo piadoso donde ejercer patente de corso, saludable hegemonía del poder por derecho, nunca mejor dicho”.

María y Fernandito ayudaron a erguirse al amasijo de carne parada de la rubia:

—Rosario, hija, ¿qué te pasa? –preguntó Fernandito.

La desolada les contó lo sucedido con el calvo; las noticias no eran nuevas para ellos, sin embargo.

—¡Quedrán que comamos mierda y que después haiga molla limpia donde agarrarse! –dijo María.

Fernandito, arremolinando los brazos como un bailarín suplicante, les regaló un suspiro de su poeta:

“Me avisaron a tiempo: ten cuidado,
mira que miente más que parpadea,
que no le va a tu modo su ralea,
que es de lo peorcito del mercado.”

—¡Ay, Fernandito, qué palabras! –musitaron al unísono las mujeres–
Dinos algo bonito a nosotras, artistasas.

El hombre-coño abrió la boca, que estaba desbordando ya el final de un soneto:

“...Necesito tus riendas de cordura
y, aunque a veces tu orgullo me tortura,
de mi puesto de amante no dimito.
Necesito la miel de tu ternura,
el metal de tu voz, tu calentura.
Necesito de ti, te necesito.”

Lloraban los tres aherrojados unas lágrimas que parecían humanas. La escena hubiera sido incomprensible para los señores de los trajes elegantes que ignoran, o lo simulan, de qué están confeccionados los seres cuyas artes necesitan en los momentos de ineludible delectación. Más allá de sus dominios confortables, más acá de su reducidísimo estado del bienestar nadie existe, a pesar del censo, de las estadísticas, a pesar de los mapas, a pesar de que cada día generan más mierda, a pesar de que –o precisamente por ello– alguien retira esa mierda. El poder emascula los cerebros de quienes lo ambicionan; en la incruenta operación, el afán del olvido actúa a modo de anestesia y el dolor corre veloz a cebarse en la multitud de criaturas que han nacido para ser esteras, asunto baladí del mundo, intrahistoria molesta.

Lloraban los tres degenerados inútilmente porque los ríos de la desdicha colmaban a esa misma hora infinitos cauces en la ciudad. Lloraban un llanto que a nadie importaba. Incapaces de producir compasión en quienes los veían caminar indecisos, provocaban, no obstante, la sospecha por su sola presencia y la consiguiente repulsión. Fuera del trabajo, los reptiles se conducían con dificultad. Después del trabajo, más trabajo; después de los hombres, el hombre, los niños. ¿Pero en qué consisten el tiempo, la vida, cuando nada tienes que hacer? Después de limpiarle la casa al señorito, te cierran la puerta, y adiós. “¡Adiós, adiós!”, decían los reptiles, embadurnados de angustia y miedo, a ese futuro que a empellones los estaba echando de la mala vida. “¡Adiós, adiós!”, repetían, atrapados por los incisivos hambrientos de la vida peor.

Jesús fue el primero en reconocer a su madre. El sol aún enceguecía, pero no había duda, era su madre, y salió a su encuentro, más extrañado que otra cosa. Rosario preguntó secamente al niño qué hacían él y sus hermanos en la calle a esas horas, por qué no estaban en lo que ella llamaba la escuela, es decir, el comedor del piso, (las escuelas de verdad no habían llegado todavía a su inhóspito mundo, a pesar de que oficialmente la escolarización alcanzaba al cien por cien de la población). Temiendo un natural ataque de ira de la rubia, Jesús se alejó para responder:

—Es que la peli de hoy l’han echao más veces —dijo el niño cubriéndose la cabeza con los brazos.

Rosario levantó los puños al sol buscando algo o a alguien: “cabrón, ande estás metío, hijo la gran puta, sal ya de las casas finas, qué va a ser de nosotros, maricón, que si no te mato ahora mismo es por la Virgen María, que era más buena que tú, que si harta de pollas estoy, más harta estaré d’aguantar a estos niños pidiendo pan”.

Jesús calibró por el tono de voz de su madre que todo era normal, así que corrió a reunirse con sus hermanos, atareados en la confección de unos dardos muy extraños hechos con unas agujas alargadas impregnadas de una sustancia roja.

Rosario se olvidó de los hijos y se fue a casa. En la entrada, un San Antonio velaba el silencio del piso, infestado de papeles, harapos y preservativos que la rubia almacenaba como adminículo imprescindible en el oficio

de puta callejera y que los niños utilizaban para jugar a cualquier juego que la tele portátil les hubiera enseñado. Pasó por encima del desorden, atribulada por un desorden aún mayor, localizado en un punto de su cuerpo que no acertaba a identificar. (Sabido es que los ignorantes no tienen alma, pues de lo contrario la venderían; tampoco tienen corazón, porque se les pararía; demostrado está que carecen de inteligencia. Los ignorantes sólo poseen carne, volumen humanal; los ignorantes ignoran que son muerte ambulante, y se empecinan en respirar robándole el aire a los –sólo por su aspecto– semejantes.)

A salvo de las larguísimas manos de los niños, un jesucito casi africano vegetaba en la mesita de noche de la habitación del matrimonio. Rosario asió la figura y, tumbándose en la cama, la colocó entre sus piernas. Asfixiado en las estribaciones del pubis –el ingenio de carne que a Rosario se le antojaba la fuente del alimento y del amor–, el Niño Jesús oyó impasible la súplica imposible de la mujer: “¿Dónde estás, Dios mío, qué t’ hemos hecho nosotros? No le fartamos a naide, pero naide nos quiere, fuera de María y Fernandito, ah, también, perdona, Señor, la señora Pilar, dime algo, sí, ya sé que Antonio es mu callao, ahora trabaja todos los días en esas obras que nos has dao a los pobres pa’ que comamos; te damos gracias, Señor, pero desde que está ahí s’ajunta con una gente que no me gusta un pelo, que l’han metío en la cabeza unas cosas mu raras: ‘que fulano s’aprovecha de nosotros, nos roba el jornal; que mengano es un tira... no se qué, vamos, un cabrón, que si todos nos uniéramos...’; ay, Dios mío, qué boca, qué sabremos nosotros de las cosas d’ELLOS; pero él, venga, arrea con la copla, ay, ay, dale algo que lo mude, porque yo, por más que le doy no consigo na; y de los niños, acuérdate de los niños que están aquí tiraos, joder, dales unos colegios, aunque sean chiquitos, pa que aprendan las cuatro reglas y arguno s’haga como er meico der pueblo”.

La mujer se quedó dormida con el pulgar de la mano izquierda en la boca, a modo de chupete. El jesucito hacía rato que roncaba descuidando imprudentemente su vital función de ángel de la guarda. El silencio era sudor; los escasos muebles, como una gran dama de noche, desgranaban la soledad, que en la mujer era infinita.

La noche reunió a los niños en el interior de la escuela iluminada por la luna del televisor portátil. Mariángeles, la mayor, semejaba un corifeo

autorizando la risas, las pequeñas rebeliones y hasta los conatos de protesta cuando el receptor hipaba; a su manera, suplía la ausencia de los padres (“papá no viene de día; da igual, porque cuando llega no sabemos quién es: nunca habla, a veces abre la boca y si no le sale el chorrillo por la nariz, mamá le dice ‘cállate hijoperra, ya estás borracho’; mamá llena toda la casa, aunque la vemos poco, sólo por la noches, pa la cena, nos da un grito desde la ventana y subimos corriendo: ‘anda, anda’, nos dice, ‘¿no tenéis hambre, cacho cabrones?, la madre que os ha parío, que es una servidora; eh tú, basta ya’, le suelta a Dulce o a Frasquito, ¿o son Teresita y Juan Carlos?, da lo mismo, porque mamá se equivoca con los nombres, y eso que dice que los copió de señores y señoras que ha conocido en las casas donde ha trabajao, que, eso sí, mamá no está nunca con nosotros porque trabaja mucho haciendo faenas por ahí, no para, por eso yo cuido de mis hermanos, pero me cuesta, jo, menos mal que la señora Pilar me ayuda si no me hacen caso, sobre todo los más pequeños, llora que te llora, ‘mamá, mamá’, dicen; ¿por qué lloran tanto los niños?”).

Una gran explosión despertó a Rosario. ¿Era de día, de noche? ¿Hoy era hoy, ayer, mañana? La rubia estaba desconcertada: no sabía si aún vivía en el sueño o si había despertado ya. Dio un salto en la cama con torpeza sin reparar en el jesusito, que acabó desnucándose contra el terrazo. El hecho, trivial en apariencia, cobró un significado especial para Rosario, quien interpretó el suceso como una negativa del Supremo a sus ruegos, si bien rehusaba creer que aquéllo fuera la señal del castigo por sus innumerables pecados, “ar fin y ar cabo”, pensaba, “desde María Madalena muchísimas mujeres han hecho la calle”.

En el comedor, una guerra estruendosa ponía fin a las injusticias del mundo; las incontables bombas procedían desde todos los puntos de la tele, incluso desde abajo emergían unos relámpagos que a Caridad le hicieron pensar en lo listos que eran los buenos al situarse en un lugar insospechable. El último proyectil, sin embargo, superó la capacidad de adivinación de la chiquillería, pues fue su madre quien lo lanzó:

—S’acabó er carbón —dijo autoritaria en medio de la pieza—. Mariágele, ven aquí, pendona. ¿Tú te crees que esto puede ser? ¿No t’he dicho mir veces que quiero las cosas arrecogías?

La madre suplente se encogió de hombros ante la inutilidad de idear una respuesta convincente. Una niña, por más alta que fuera, no dejaba de ser una niña, y los demás niños, por más niños que fueran, lo sabían y se aprovechaban de la circunstancia. Si los padres normales... entregan a sus hijos a maestros, tutores, puericultores o canguros con objeto de que, con la excusa de la educación, los soporten la mayor parte del día porque ellos son incapaces de hacerlo, a una niña, hija de puta laboriosa, la faena le sobrepasaba inevitablemente.

Rosario propinó un puñetazo a la hija-madrecita y ordenó, ordenó militarmente, ordenó como sabía, usando la amenaza, afilando el miedo, destruyendo al enemigo:

—Dos minutos te doy. Pon a trabajar a estos berzotas ahora mismo, aquí no come naide de gratis. ¿Arguno ha visto er pegamento? Lo quiero aquí, volando, que s’ha lastimao er Niño Jesús.

Sólo cuando hubo recompuesto la figura de yeso, Rosario estuvo en disposición de preparar la cena a los chiquillos, protagonistas de una guerra en la que eran los débiles.

Pasada la medianoche, Antonio aún no había llegado a su casa. Varios días de lluvias pertinaces habían aminorado el ritmo de trabajo necesario para terminar las diversas fases de la obra en las fechas previstas. La dirección de la empresa, si bien contaba de antemano con esta contingencia, persuadió a los trabajadores de que un mínimo esfuerzo diario añadido redundaría en beneficio de todos. A fin de que nadie se echara atrás, fueron contratados en diferentes zonas del estado grupos de encofradores “leales” que no tenían inconveniente en vivir durante el tiempo que fuera preciso en las barracas de las herramientas, de manera que podían alargar las jornadas hasta las veinte o las veintidós horas. Este hecho introdujo grandes tensiones y rivalidades entre los obreros, quienes, como en una ascensión ciclista a un puerto de montaña, fueron quedándose descolgados según se les iban acabando las fuerzas, bien físicas, bien mentales. Antonio comenzó a “quedarse” por aquellos días. El tren que imponían los leales amenazaba con paralizar la carrera, pues ya no existía pelotón. Los hombres menos dotados iban jalonando las cunetas, derrengados unos, abatidos otros; había quien

simulaba una para poder abandonar sin ser sancionado. El antiguo porquero, asustado ante la magnitud del esfuerzo, dudaba que en la cima las emociones pudieran sufragar tanta pérdida vital. El cuerpo de Antonio, fatigado definitivamente, formaba, muy nítida ahora, una unidad independiente del cerebro que, contrariamente, adquiriría más y más fuerza, laboraba sin descanso: antes de avanzar las manos usaba el artefacto invisible del pensamiento recién nacido en sus adentros. Curiosidad, sensaciones, ideas... Sin duda, el vapor debía de ser el elemento constitutivo fundamental del ligero neonato que comenzaba a acompañarle a todas partes, pues no notaba ninguna pesadez; más bien al contrario, le producía un placer desconocido cuyas sedas inmarcesibles le conducían a los brazos de la felicidad. Al principio, el compañero sin nombre se parecía a todas las cosas mágicas conocidas: la máquina del cine de su juventud, con la que veía imágenes –familiares e ignotas– avanzando y retrocediendo en el tiempo de forma instantánea; la casa de putas donde conoció a su mujer, pues sentía el gusto cercano a sus intimidades; el tren, el coche y, sobre todo, el avión, que le trasladaban a voluntad aquí o allá. Antonio vivía –¡a sus años!– la infancia no añorada que nunca tuvo, ya que jamás oyó hablar de ella a su siempre viejo padre. Sin embargo, ignoraba la velocidad a la que su juguete iba a hacerse adulto, severo, responsable. No sabía que la mirada profunda, amplia, también se posa en el territorio de la amargura. Cuando Antonio fue consciente de ello descubrió el verdadero significado de la libertad: la soledad, su sola, inquebrantable soledad: “madre de Dios bendito”, pensaba, “pa qué está hecho el mundo si no es pa vivirlo, como dice el periodista; ¿y qué será eso de vivir el mundo?, porque, vamos a ver, mis guarros eran guarros todo el día desde chiquitos hasta la matanza, ¿y eso les gustaba?, qué tontería, no lo podemos saber, los animales no piensan, pero nosotros sí pensamos, y digo yo, ¿nosotros somos una cosa sola o varias?: ¡ea!, si estás en el trabajo, pues a joderse mucho, luego vas al bar, te tomas unas copitas y ya cambia el sentío; luego a dormir, bueno, a tu casa, si es que tienes casa y quieres ir, que ésa es otra, cualquier día no asomo yo por la mía: niño va, niño viene, ¿de dónde habrá salío tanto niño?, parece mentira, qué casualidad, claro, lo mío es a pelo porque la Rosario dice que yo soy su marío, el de verdá: ‘ay, Antonio, Dios manda en estas cosas, que vengan los que Dios quiera, es una farta mu grave poner a Dios en un apuro’, si tendrá razón la muy..., ¿pero es que Dios está pendiente de nosotros todas las noches, hombre?, esta mujer no tiene punto conoció, ya me lo dijo la

Madán: ‘la niña es crema, pero hay que entenderla, amigo, cuando yo la traje aquí con las otras señoritas tuve que arrearame los machos porque era mucha niña, la niña’, y tan pronto me lo dice, ¡zas!, la trinco en la primera y... ¡cata-plum!, como en la película del cine, me lío la manta a la cabeza, coño”.

El humor de Rosario comenzaba a estar en sazón cuando Antonio apareció completamente transfigurado en el comedor. El hormigón reseco le tapaba la cara gris. Aunque lo recordara su aspecto, no era un ex combatiente enloquecido ni un cataléptico que trajera noticias del otro lado de la vida; la rubia tenía frente a sí a un pobre hombre que le miraba como un inválido mira las piernas ágiles de quienes andan. En el interior de la cartera negra de cuero que dejó sobre la mesa, la fiambrrera chorreaba el caldo de las lentejas intocadas. El lema de la empresa, “hoy por ti y mañana por mí”, impidió a los obreros tomar el almuerzo, cosa que a Antonio no le hubiera molestado –pues él prefería apurarse el vino de la bota– de no ser porque algunos compañeros se quejaron varias veces al encargado. El estómago vacío, las venas rebosando alcohol, el día no había pasado en vano, sin embargo, para el hombre dual que ahora se presentaba ante “la jaca follaora ésta que, todo hay que decirlo, aprovecha hasta la última peseta”. Las protestas, tímidas las primeras, tuvieron la virtud de activar secretamente la maquinilla de Antonio. Retazos sueltos de ideas intentaban encajarse unos con otros en su poco diestro magín, o mejor, en el páramo inculto de su pensamiento donde nadie había echado semillas. El delegado sindical más veterano, un abuelo con más de treinta años en “la casa” –sólo los hijos llamaban así a la empresa–, procuraba convencer a los más atrevidos de la conveniencia del silencio. Ramiro, en compañía de otros peones “estudiados”, aprovechó la ocasión para poner en liza los desusados conceptos que impulsaron el movimiento obrero en un pasado ya olvidado. Las palabras que Antonio oía eran más grandes que su propia vida, no obstante lo cual intentó abrazarlas todas y alimentar su ingenio, pues intuía que el artefacto tenía que

comer algo. Mientras echaba hormigón, recordaba con curiosidad los nombres aprendidos y a punto estuvo de costarle un accidente: justicia-injusticia, burgués-obrero, capital-pobreza, clases sociales, lucha de clases. También recordaba que cuando estas palabras salían de la boca de Ramiro, el delegado sindical se reía a carcajadas y le reprochaba su trasnochado vocabulario.

—¿Pero en qué año vives, muchacho? —se mofaba el decrepito luchador, esgrimiendo una escoba, lo único que sus muchos años podían asir con seguridad— Eso ha pasado a la historia, chaval. La lucha de clases ya no tiene sentido, ahora todos somos clase media, o sea, ni ricos ni pobres, clase media... Tú date cuenta la que estáis organizando porque no habéis podido comer. Y salís con que no hay derecho, que esto es el tercer mundo... ¡Ay —se lamentaba—, qué sabréis vosotros de la vida! ¡En el tercer mundo ibais a estudiar en la universidad!

“Para que yo me aclare” —cavilaba Antonio, rememorando la conversación— “en el mundo ese que dice el delegado no se puede ir a la universidad, hay ricos y pobres y los currantes comen cuando se tercia o les dejan..., pues como aquí, ¿no?; porque mis niños no tienen escuela, la Rosario sigue donde sigue —y que no le falte!— y estos chaveas —se refería a Ramiro, al arquitecto y a los dos médicos— con toda su carrera, hacen lo mismo que yo en la obra... ¿Cómo eran las palabras...? Ah, sí, justicia social, eso mismo, ya me acuerdo”.

Antonio se sentó en una silla muy cerca de su mujer. Los movimientos dentro de la casa eran la proyección de la voluntad de Rosario, acostumbrada desde la infancia a dirigir los pasos de sus oponentes, ya escrupulosos, ya impúdicos. El hombre aguardaba sumiso, mas no expectante, pues la disyuntiva era siempre la misma: pelear o eyacular. Pero la noche iba a ser completa, para su sorpresa. Rosario se mostraba más intranquila de lo habitual. Sentía deseos de contarle a Antonio cómo había sido humillada por la

mañana y cuáles eran las inciertas perspectivas que se cernían olímpicamente sobre el puesto de trabajo. Si bien nunca necesitó la opinión del marido, en ocasiones hacía como que le consultaba, de manera que cumplía con el rito atávico de otorgar la última palabra al hombre de la casa. En realidad, el dominio doméstico del hombre ha sido casi siempre una ficción que la mujer ha utilizado para rivalizar con las demás mujeres y lograr así la parte alícuota de poder en su cerrada sociedad: “mi hombre por aquí, mi hombre por allá”; “¡huy!, si se enterara mi marido, menudo pronto tiene; o, simplemente, “no, hija, no, yo estoy bien servida, a Dios gracias, no como otras que yo me sé”.

—Antonio, nos van a echar der coto a toas —dijo la puta—. Una cosa mu gorda dicen que va a pasar y durante una temporaíta no podemos trabajar ande nos vean. Pronto nos dirán en qué sitio tenemos que poner er güevo.

El hombre seguía mudo.

—Di argo, coño.

Antonio se sonrió indiscretamente, lo cual airó a la mujer.

—¿Qué pasa, cabrón, t’hace mucha gracia? Er único suerdo en condiciones que entra en la casa es er mío, hijo la gran puta. Debemos más dinero que penitencias: ¿cómo vamos a pagarlo si me empiezan a mover de un lao pa otro? ¿Tú lo sabes, chalo perdío?

Lejos de reírse de la situación, Antonio se regocijaba de su novísima capacidad de deducción:

—¿“Una cosa mu gorda”, Rosario? —preguntó, irónico y seguro— Si esa cosa no fuera a pasar, ¿en qué iba yo a trabajar? Me río porque pienso que por un lao nos dan el cacho pan y por el otro nos lo quitan. Parece mentira que no sepas que nada hay de balde. Las clases sociales se pelean porque unos hombres quieren ser más que otros. Nosotros semos de los que hay más, pero tenemos menos cultura que los que son menos y mandan en nosotros. Pero a la vez se tienen que joder porque alguien tiene que hacer el trabajo; como eso no les gusta, pues nos joden a nosotros siempre que pueden, que es siempre, Rosario. ¿Te acuerdas de la coplilla: “ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio...”?

El razonamiento de Antonio paralizó, sólo un instante, a Rosario.

—¿D'ande has sacao tú tanta letra, sabelotodo? Seguro que en lugar d'hacer horas te vas con los estudiantes esos a beber y a llenarte la chola de demonios, porque eso no l'has aprendió tú en un rato, ¿eh? Habla, cornúo. Y si no haces horas, ganas menos; y si ganas menos, las letras las pagará tu puto padre, que no l'has conocío. ¡Trae, trae! —dijo, mientras echaba a correr en busca del martillo y el clavo imprescindibles en sus mejores trifulcas— Te tengo que hacer picadillo, embustero, ladrón.

Pero esta vez Antonio no se inmutó, dejó a Rosario sola en el drama, quería averiguar cómo era su vida vista desde la óptica del espectador. Rosario amagaba un golpe, y otro, y otro; giraba, enajenada, sobre sí misma: la rubia tampoco era nadie, mucho ruido y pocas nueces, un puro ladrido que el perro interpone entre el miedo y la nada.

—¿Has acabao ya, remolino? —dijo Antonio, sereno— Vamos a dejar ya estas cosas, por el amor de Dios.

La mujer sintió vergüenza por segunda vez ese día. Ahora, en cambio, el sentimiento le subía desde dentro, limpio, desleído en un llanto tranquilo, purificador.

—Tengo mieo, Antonio, la vía s'está poniendo mu dura. Esta tarde m'he dormío y he soñao unas cosas... He soñao con er pueblo: yo era una niña de brazos y mi padre me tiraba a una zarza detrás de las tapias der cementerio; me dolía to er cuerpecito y lloraba; mucha gente pasaba por mi vera, me decía, riéndose, cosas que no se dicen a los niños; no m'oía la gente, ¡y eso que m'estaba viendo!

Rosario hizo una pausa. El ruido de sus palabras, el continuado soniquete de su confesión le produjo una sensación nueva: el sueño que estaba contando se parecía mucho a la vida que había vivido. Las mejillas de Rosario se arrebolaron con el recuerdo. De golpe, la tristeza le sobrevino como una enfermedad azotando su mente. La mujer que pensaba no podía ser ella; sin duda un espíritu, cuya intención no comprendía todavía, había irrumpido en sus entrañas durante el sueño.

—¡Mardita sea hasta la hora en que nació! —murmuró, con un desconsuelo impropio en ella— ¿A santo de qué vienen esas pesaíllas justo cuando hay más

problemas? Er sueño siguió mu bonito, aunque mu farso: to estaba mu negro, como que era noche cerrá y yo estaba sola; s’oían unos ruidos bajitos que, a mí ver, me gustaban, aunque yo no los podía entender, porque parecían hechos de música, que está claro, claro, que eran grillos. Pues a lo que iba, así, sin saber cómo, s’aparece una mujer, ni guapa ni fea, que m’arrecoge de la zarza y me dice: “ven con la mama”, y a mí eso, digo yo ahora, me dio calorcita, porque en er sueño yo m’empecé a reír con esa risa de los chaveas. Endispués, me despertó la tele. Afíjate, Antonio, ¡se m’apareció mi madre! A mí, que nunca he sabío quién cojones fue mi madre. Mi padre nos decía que s’había muerto por tener er coño mu chico, vamos, que no sabía parir: nacer mi hermano Cepriano y parmarla mi madre, fue to uno.

—Rosario, nunca te he visto así —dijo Antonio—. ¡Si esto, lo de hablar, lo hubiéramos hecho más veces...! El periodista..., sí, hombre, ¿no te he hablao yo del zagal ese que trabaja con nosotros en la obra y que ha estudiado pa periodista? —aclaró a la mujer incrédula o dubitativa—, pues el periodista m’ha explicao que las palabras a veces hay que entenderlas no por lo que quieren decir, sino por cómo se dicen. Te digo esto por lo de haber hablao más tú y yo. La gente se comprende más si habla, aunque al principio no lo sepa.

La rubia tornó enseguida a su ser:

—Un hombre que habla tanto, o es un rico de ésos que nos follan a unas por un lao y a otros por otro, o es un peazo marica que no tiene dos güevos p’hacer las cosas como las ha hecho toa la vía un hombre. Te v’y a decir una cosa, señor hablaor —dijo la rubia, un punto lasciva—, ¿no t’estarás tú vorviendo un poco maricón entre tanto señorito como estás conociendo úrtimamente? Por la boca muere er pescao, dice er dicho, que yo también sé palabras finas, ¿t’has enterao?

Tomando las palabras de su mujer por el tono, de acuerdo con la opinión del periodista, dedujo que el revolcón era inevitable:

—¿Oye, ande t’ha llegao er hormigón? —preguntó la mujer, ya zalamera.

Como el hombre le pidió que le indultara por esa noche, la rubia arremetió con brío caprino:

—Pa cojones, los míos. Tú a cumplir como un macho, te guste más o te guste menos —lo atrajo violentamente hacia sí—. Ahí va otra de finolis: “los novios sin roce no se conocen”; pues vale tarmente pa nosotros.

Tiraba Rosario de su marido rumbo al martirio del tálamo cuando “don Joaquín” apareció completamente desnudo en el comedor. Rebotado de algún mal sueño, el adormilado don Joaquín tomó, sonámbulo, las de Villadiego sin propósito fijo, pero a los primeros pasos, puesto que la casa era de reducidas dimensiones, se topó con dos gigantes luchadores que resultaron ser sus padres, o al menos por tales se tenían. Hacía dos años y medio que la rubia había dado a luz al último de sus hijos, a quien puso el nombre de su marido. Antonio, el hijo, era más blanco que la leche; de cabeza grande y ojos saltones, la criatura se parecía más a un renacuajo que a un niño. En el momento de parirlo, Rosario sólo pudo exclamar: “¡toma ya, pero si es don Joaquín!”, por la indudable similitud con un cliente habitual de aspecto y profesión semejantes a las del cura de su pueblo. Ya desde los primeros vagidos, don Joaquín se reveló extraordinariamente nervioso y silencioso; la poca salud que hasta ese momento evidenciaba debía atribuirse al abandono que venía padeciendo desde que fuera concebido: ver la luz significó para él añadir a la soledad conocida en el útero materno la posibilidad de la sombra. La debilidad física y la grotesca apariencia del niño, enojaban hasta la exasperación a Rosario. No obstante, lo que más le separaba de su hijo era la duda acerca de quién lo fecundó. A pesar de los métodos contraceptivos, la asiduidad podía favorecer algún desliz con la clientela, no siempre diestra, y Rosario no estaba dispuesta a permitirlo. Desde que se fugara con Antonio, la rubia se había prometido conceder la paternidad real de sus hijos al marido, el nocturno compañero en quien pensar cuando le punzara la envidia viendo a las parejas pasear o arrullarse. Ése era el motivo por el que obligaba a eyacular cada noche al encorvado; el placer, la necesidad, y mucho menos el amor u otro sentimiento parecido, casi nada tenían que ver en los tristes lances diarios.

Don Joaquín —Joaquinito, si se portaba mal— se topó con las autoridades de la casa, que caminaban abrazadas, dando trompicones a cada paso. Los padres —que no ejercían, y eso los niños lo notan— no hicieron caso al sonámbulo hasta que se introdujo en la cama grande. La incómoda perspectiva sacó a los indiferentes de su indolencia: “cojones, vaya un cabezón”, se quejaba la rubia, “eres más nervioso que la picha de pare”.

—Mariágele, Mariágele –susurró Rosario junto a la cama de la hija mayor.

—Qué pasa, qué pasa –se despabiló la madrecita a tiempo parcial.

—Métete a Joaquinito contigo, que s’ha despertao dormío –murmuró, queriendo explicar el sonambulismo del niño postizo.

—Y ahora tú –dijo, ya de regreso a la habitación, al marido–, hoy he trabajado poco, pero er último ha so un carvo con pajarita que no atinaba mucho.